







Aquel año, la sequía había arruinado las cosechas de la región y en el bosque apenas había leña para cortar. Cerca del bosque vivía un matrimonio de leñadores que tenía siete hijos. El más pequeño, y el más valiente, era Pulgarcito. Los papás de Pulgarcito eran tan pobres que no podían alimentar a sus hijos: la mamá lloraba y el papá no sabía qué hacer. Pulgarcito reunió a sus hermanos y les contó su plan:

–No podemos seguir así. Nuestros padres están muy preocupados por nosotros y creo que debemos encontrar una solución. Esta misma noche saldremos de casa, atravesaremos el inmenso bosque y llegaremos a un país lleno de riquezas con las que se acabarán nuestros problemas.

Y esa misma noche se pusieron en camino. Anduvieron durante siete días, medio muertos de cansancio y de hambre, hasta que encontraron una casa escondida entre los árboles. Decidieron acercarse para pedir ayuda.

–Ésta es la casa del Ogro de las Botas de las Siete Leguas –les dijo una mujer que salió a recibirlos–. Volverá pronto y, si os encuentra aquí, os comerá. ¡Puede comerse a un niño de un solo bocado!

Aún así, los niños, agotados y hambrientos por su viaje, decidieron quedarse. La buena mujer tuvo compasión de ellos y les dejó entrar mientras les advertía:

–Os prepararé una buena cena y podréis quedaros a dormir. ¡Pero no hagáis ruido! Las siete hijas del Ogro están ya dormidas. ¡Si las despertáis, le dirán a su padre que estáis aquí!

Pulgarcito y sus hermanos cenaron cuanto quisieron y se fueron a la cama. La mujer le dio a cada uno un gorro de dormir con una gran borla de adorno y les deseó buenas noches. Cuando sus hermanos se durmieron, Pulgarcito se levantó y se puso a explorar la casa del Ogro, desde el desván hasta el sótano. ¡Allí encontró sacos de oro y plata, arcas llenas de piedras preciosas y otros tesoros como nunca había podido imaginar!





PULGARCITO II

Cuando ya volvía a su habitación en el piso de arriba, descubrió que en el mismo piso, en otra habitación cercana, dormían las hijas del terrible monstruo. Parecían muy feas. Cada una llevaba un gorro de

dormir como el de Pulgarcito y sus hermanos, aunque sin la gran borla de adorno. Ya salía Pulgarcito silenciosamente de la habitación de las hijas cuando oyó unos enormes bufidos y gruñidos. Era el Ogro que llegaba a casa:

–¡Huele a carne fresca! –rugió el Ogro, olfateando el aire.

–Será que sopla el viento del sur... –respondió la mujer atemorizada por lo que les pudiera pasar a los muchachos.

–¡Te digo que huele a carne fresca! –repitió el Ogro aún más alto–. ¿Otra vez has metido gente en casa mientras yo estaba fuera? Lo registraré todo y me comeré a los forasteros. ¡Menu-da cena me voy a dar! ¡Ja, ja, ja!

Y el Ogro comenzó a registrar la casa por el sótano. Pulgarcito, que lo había oído todo, tuvo una feliz idea. Echó a correr hacia el piso de arriba, entró en la habitación de las hijas del Ogro y cogió sus gorros con cuidado de no despertarlas. Después, les quitó los gorros con borla a sus hermanos y se los cambió por los de las hijas, a quienes les puso los otros.

Se metió rápidamente en la cama pues ya oía cómo subía el Ogro por las escaleras, resoplando y jurando comerse a los forasteros de un solo bocado. Entró en la habitación de los pobres niños y, a oscuras, fue palpando sus cabezas. Pulgarcito temblaba de miedo. Al comprobar que los gorros no tenían borla, el Ogro pensó: «Éstas son mis hijas», y salió de la habitación.



PULGARCITO III

Entró después en la habitación de al lado e hizo la misma operación. Tanteó las camas y palpó las cabezas de las hijas y, al encontrar las borlas de los gorros, creyó que se trataba de los forasteros. Se rela-

mió de gusto. ¡Qué gran banquete se iba a dar! ¡Siete pequeños de un golpe! Y se tragó a todas las niñas.

Después de tan horrible cena, se dispuso a dormir. Se descalzó las botas de siete leguas y se acostó en su gran camastro para hacer la digestión.

Cuando Pulgarcito oyó los ronquidos del Ogro, comprendió que ya podía despertar a sus hermanos e intentar escapar.

Antes de abandonar la casa, les condujo al sótano donde había encontrado el fabuloso tesoro escondido. Cada uno de los siete hermanos llenó un saco con las riquezas del monstruo. Pero los sacos eran muy pesados y no sabían cómo podrían llevarlos hasta la casa de sus padres. Entonces, el intrépido Pulgarcito tuvo una nueva ocurrencia: subió a la habitación del Ogro y cogió las botas de siete leguas, con las que podría correr a toda velocidad. Las botas eran tan enormes que tuvo que hacer dos viajes: primero llevó una hasta el bosque, regresó y cogió la otra. ¡Menos mal que el Ogro tenía un sueño profundo!

Una vez en el bosque, Pulgarcito se calzó las botas mágicas y les dijo a sus hermanos:

–¡Estamos salvados y somos ricos! ¡Agarraos a mí y las botas de siete leguas nos llevarán a nuestra casa con nuestros padres!

Y así fue. Se pusieron en marcha y, aquella misma noche, llegaron a su casa. Desde entonces, se acabó el hambre y la miseria en casa de los pobres leñadores, donde todos vivieron muy felices.